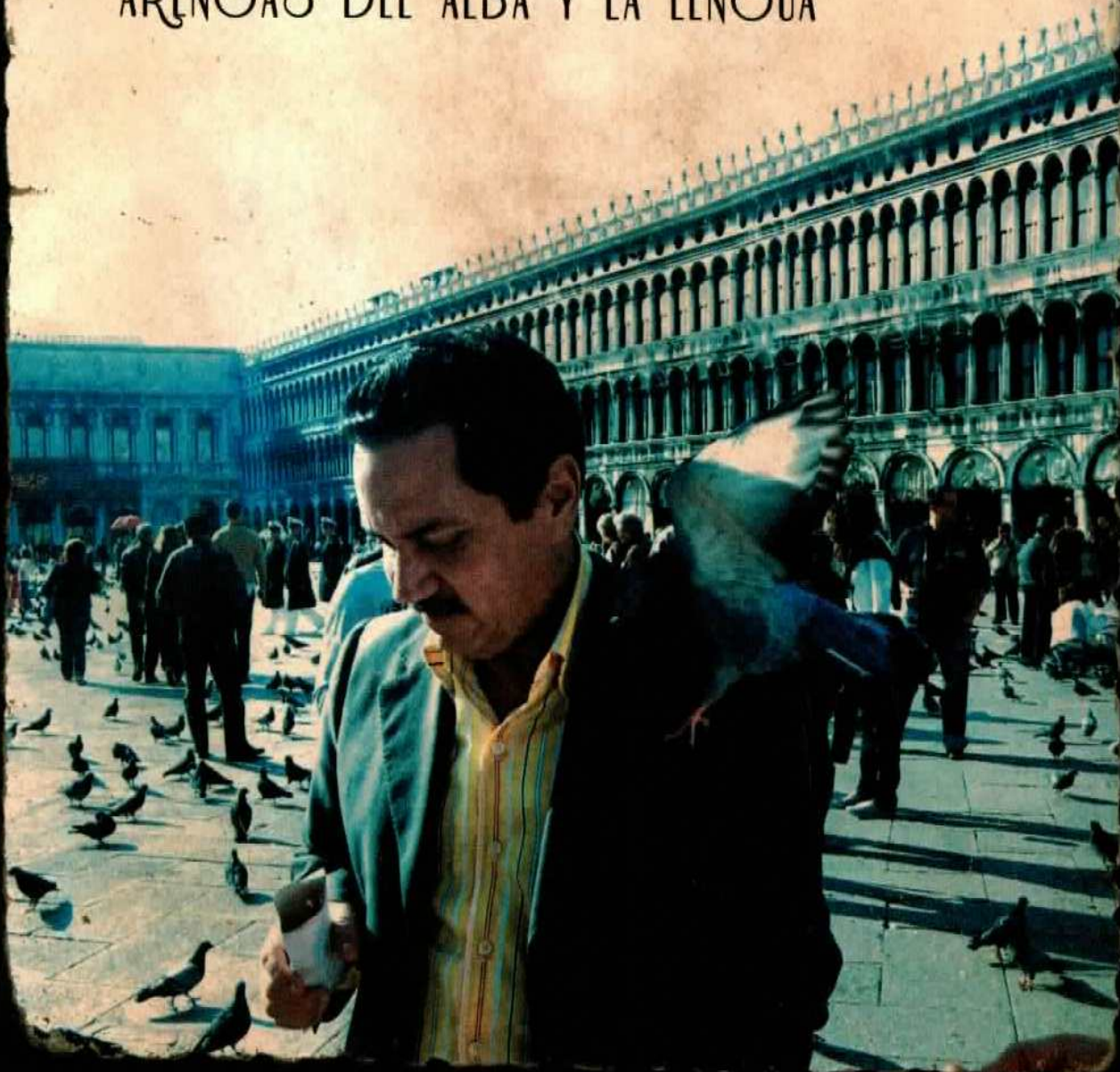




UNIVERSIDAD APEC

LA BARÇA Y EL GAVILÁN

ARENÇAS DEL ALBA Y LA LENGUA



Tony Rafal

**La barca y el gavilán,
arengas del alba y la lengua**

Tony Raful

**La barca y el gavilán,
arengas del alba y la lengua**

Santo Domingo, República Dominicana

2012

Raful, Tony

La barca y el gavilán, arengas del alba y la lengua / Tony Raful. –
Santo Domingo : Universidad APEC, 2012

137 p.

ISBN 978-9945-423-25-9

1.Poesía dominicana 2.Literatura dominicana I. Título

861.44

R125b

CE/UNAPEC



UNIVERSIDAD APEC

Título de la obra:

La barca y el gavilán, arengas del alba y la lengua

Tony Raful

Primera edición:

Enero 2012

Composición, diagramación y diseño de cubierta:

Departamento de Comunicación y Mercadeo Institucional

Impresión:

Editora Búho

ISBN: **978-9945-423-25-9**

Impreso en República Dominicana

Printed in Dominican Republic

JUNTA DE DIRECTORES DE LA UNIVERSIDAD APEC

Lic. Roberto Rodríguez Estrella
Presidente

Ing. Antonio César Alma Iglesias
Vicepresidente

Ing. Loraine Cruz
Tesorera

Dra. Cristina Aguiar
Secretaria

Lic. Álvaro Sousa Sevilla
Miembro

Dr. Fernando Ferrán
Miembro

Lic. Peter Croes
Miembro

Lic. Radhamés Mejía
Miembro

Lic. Isabel Morillo
Miembro

Lic. José De Moya Cuesta
Miembro

Lic. Alejandro Fernández W.
Miembro

Ing. Francisco Hernández
Pasado Presidente

Lic. Eduardo Antonio Tejada
Presidente de APEC

Ing. Héctor Fernández Fortuna
Director Ejecutivo de APEC

Dr. Franklyn Holguín Haché
Delegado Permanente del
Consejo APEC de Pasados
Presidentes

Lic. Justo Pedro Castellanos K.
Rector

COMITÉ EDITORIAL

Andrés L. Mateo
Diógenes Céspedes
Carlos Sangiovanni
Manuel Núñez
Teresa Hidalgo
Giovanna Riggio
Reynaldo Paulino Chevalier

ASESOR

Mariano Lebrón Saviñón

“El valor poético, tal vez debería decir el significado poético de un fragmento en verso, depende de tres cosas: el significado literal de la palabra, sus asociaciones y sus sonidos... si la palabra suena de modo inadecuado, la superficie del poema queda dañada; si tiene el significado equivocado, el poema se deshará en las manos. En ningún caso el resultado es poesía”

(T. S. Eliot)

ÍNDICE

- Presentación del Rector..... 13
- Ensalmo de la palabra alada, por Tony Raful.....21
- Tony Raful: Cantata por el amor y la palabra
(prólogo), por Federico Jóvine Bermúdez.....25
- Freya, señora, pájaro..... 35
- Ritual onírico de la ciudad y otras memorias..... 55
- Eurídice..... 105
- La ciudad y sus cantos..... 115
- La danza del amor y los mandalas..... 127

PRESENTACIÓN

En la *Declaración mundial sobre la educación superior en el siglo XXI: visión y acción*, resultado de la *Conferencia mundial sobre la educación superior* realizada en París, Francia, en 1998, se promueve la conciencia de que “la educación superior supone una vocación no sólo de enseñar sino también de educar”¹ y en este sentido se plantea que la universidad no “se puede conformar con enseñar (...), sino que tiene que ir mucho más lejos y potenciar su misión educativa, es decir, contribuir a la realización del hombre en todas sus facetas y aumentar el bienestar en el mundo (...) y no solamente con miras a una adaptación al mercado de trabajo”². Dicho documento dedica uno de sus capítulos al tema de la pertinencia, nodal para la educación superior, del que es parte sustancial el “contacto con la cultura y las culturas”³ y en relación con el cual se plantea: “Ciencia, educación y cultura son inseparables”⁴. Y todo alrededor de la idea, por demás fundamental, “de que la educación superior es esencial para que todo país o región alcancen el nivel necesario de desarrollo económico y social sostenible y racional desde el punto de vista del medio ambiente, una creatividad cultural nutrida por un conocimiento y una comprensión mejores del patrimonio cultural, un nivel de vida más alto y la paz y la armonía internas e internacionales, fundadas en los derechos humanos, la democracia, la tolerancia y el respeto mutuo”⁵.

En general, esos términos fueron reiterados en la *Conferencia Mundial de Educación Superior*, realizada también en París once años después, en 2009.

Antes, mucho antes, en 1930, el eminente don José Ortega y Gasset publicaba su interesante trabajo *Misión de la universidad*, y en él se refería a la relación entre ciencia y cultura.

1 Organización de las Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura. *Conferencia mundial sobre la educación superior. La educación superior en el siglo XXI: Visión y acción*; octubre de 1998, p. 15.

2 Op. cit., pp. 15- 16.

3 Op. cit., p. 22.

4 *Ibíd.*

5 Organización de las Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura. *Marco de acción prioritaria para el cambio y el desarrollo de la educación superior*. En: *Conferencia mundial sobre la educación superior. La educación superior en el siglo XXI: Visión y acción*; Publicaciones de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, volumen DCCCLII, Editora Universitaria, 1998, p. 20.

“La cultura” -decía el filósofo, político y escritor español- “es un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana, como las manos son un artículo del hombre”⁶. Y agregaba: “una vida sin cultura es una vida manca, fracasada y falsa”⁷.

A partir de ese convencimiento, planteaba, entonces, la “importancia histórica que tiene devolver a la Universidad su tarea central de ‘ilustración’ del hombre, de enseñarle la plena cultura del tiempo, de descubrirle con claridad y precisión el gigantesco mundo presente, donde tiene que encajarse su vida para ser auténtica”⁸.

Proponía: “Yo haría de una ‘Facultad’ de Cultura el núcleo de la universidad y de toda la enseñanza superior”⁹. Y más adelante argumentaba, insistente: “Es preciso que el hombre de ciencia deje de ser lo que hoy es con deplorable frecuencia: un bárbaro que sabe mucho de una cosa”¹⁰ y se decida “a complementar su especialismo con una cultura integral”¹¹, entendiendo “por Universidad *stricto sensu* la institución en que se enseña al estudiante medio a ser un hombre culto y un buen profesional”¹².

En el centro de “la plena cultura del tiempo”, del “gigantesco mundo presente”, a los que se refería Ortega, viven las humanidades, ese ámbito del saber que, según Alfred Stern, estudia “las creaciones del espíritu humano, los productos de su inteligencia y de su sensibilidad artística”¹³, cuyo valor “no se mide por ventajas o desventajas, porque no es un valor instrumental, sino un valor intrínseco”¹⁴, en la medida en que “representan en sí mismas propósitos últimos”¹⁵.

En su interesante artículo *¿Por qué estudiamos las humanidades?*, Stern narra cómo “el gran físico contemporáneo alemán, Werner Heisenberg” despertó “su interés en la física” no a partir de “sus cursos de física en la escuela secundaria, sino por su curso de griego en aquella escuela alemana, donde tuvieron que leer

6 Ortega y Gasset, J. (1930). *Misión de la universidad*. Copia digital del texto original disponible en el Centro de Documentación Universitaria, Cedus.cl, de la Universidad de Los Lagos, Chile: <http://www.cedus.cl/files/mision-de-la-universidad.pdf>, p. 12.

7 *Ibíd.*

8 *Ibíd.*

9 *Ibíd.*

10 *Op. cit.*, p. 13.

11 *Ibíd.*

12 *Op. cit.*, p. 15.

13 Stern, Alfred. *¿Por qué estudiamos las humanidades? En: Lecturas sobre humanidades*; tercera edición revisada, volumen I, Cuadernos de Artes y Ciencias, Universidad de Puerto Rico en Mayagüez, 1985, p. 40.

14 *Op. cit.*, p. 39.

15 *Ibíd.*

el *Timaios* de Platón en el original”. Cuenta Stern finalmente: “Fue tan vigoroso el interés en la física despertado en el joven Heisenberg en aquel curso de humanidades que finalmente se ganó el Premio Nóbel de física”¹⁶.

Allí, en el mundo de las humanidades, vive la literatura.

Mucho antes que Stern y que Ortega, hablaba José Martí.

En otras ocasiones he rescatado aquella anécdota de su estancia norteamericana que él contara en un artículo que publicara en el periódico *Patria* el 19 de enero de 1895, resaltando la importancia de la formación integral: “En la escuela comercial de Packard” -contaba *El Apóstol*- “es costumbre ejercitar a los alumnos en la expresión del pensamiento: el último día de la semana llenan la sala de sillas: alumnas y alumnos cuchichean ansiosos: se hablará de comercio, y de política de ideas, y de literatura sobre los métodos de Teneduría o sobre las sagas irlandesas, sobre el cuño libre de la plata y sobre *Il Penseroso* de Milton”, para concluir -terminante- en que “no sabe el comercio entero quien no sabe su poco de literatura, ni es literatura sana la que no sabe su poco de comercio”.

Y en el mundo de la literatura, anida, por supuesto, la poesía.

Hablando sobre ella y sobre su importancia en la vida de los hombres y de las sociedades, en otro artículo que escribiera en New York y titulara *El poeta Walt Whitman*, Martí es todavía más contundente: “¿Quién es el ignorante” -trueno- “que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues esta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquella les da el deseo y la fuerza de la vida. ¿Adónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos? Los mejores, los que unge la naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán, en un aniquilamiento doloroso y sordo, todo estímulo para sobrellevar las fealdades humanas; y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán sin santidad hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales las que deben servirles de meros instrumentos y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre incompleta la aflicción irremediable del alma, que sólo se complace en lo bello y grandioso”¹⁷.

16 Op. cit., pp. 40- 41.

17 Martí, José. *El poeta Walt Whitman*. Publicado en los periódicos *El Partido Liberal*, México,

En fin, que poesía, literatura, humanidades, cultura, todas constituyen una parte, por demás fundamental, de la vida humana y de la vida social.

No existe universidad auténtica al margen de la vida social. Tampoco, por supuesto, al margen de la cultura, de las humanidades, de la literatura.

Podrá tenerse alguna orientación particular, hacerse algún énfasis específico, como es nuestro caso que, desde nuestra génesis, hemos tenido una orientación fundamental hacia el mundo de las empresas y de los negocios -y de la tecnología también, conforme decisiones más recientes-; pero una universidad que se precie de tal no podrá sustraerse a esa savia fundamental que nutre a toda universidad y que proviene del ámbito de la cultura y de las humanidades.

Consciente de esto, UNAPEC ha publicado relevantes textos humanísticos. Resalto los más recientes de Bruno Rosario Candelier -*Lenguaje, identidad y tradición en las letras dominicanas. De Javier Angulo Guridi a Manuel Salvador Gautier* (2004)-; de Diógenes Céspedes -*Estudios lingüísticos, literarios, culturales y semióticos* (2011), *Max Henríquez Ureña en el Listín Diario (1963- 1965)* (2010) y *Ensayos sobre lingüística, poética y cultura* (2005)-; de Andrés L. Mateo -*El habla de los historiadores* (2010)-; así como de Manuel Nuñez -*Los días alcionios* (2011)-.

Ha publicado, más aún, textos poéticos: *Bajo la cruz del sueño* (2002), de Mariano Lebrón Saviñón, en ocasión del octogésimo aniversario de su nacimiento, y *Cancionero de vida* (2003), de Dennis Simó.

El libro que el lector tiene en sus manos, *La barca y el gavilán, arengas del alba y la lengua*, es una obra poética, la tercera publicación de esta índole que UNAPEC realiza. Se trata de una selección antológica a cargo de su propio autor, Tony Raful, de la mejor poesía contenida en cinco de sus textos poéticos: *Freya, señora, pájaro; Ritual onírico de la ciudad y otras memorias; Eurídice; La ciudad y sus cantos; y Danza del amor y los mandalas*; todos los cuales, según nos revela, han estado “motivados por experiencias esotéricas, culturales, basadas en visiones y luchas de deidades en el ámbito reproductor de la esencia humana”. De cada uno de ellos, el autor hace una breve reseña, por lo que, aunque usualmente lo hago en mis palabras de presentación, obviaré hacerlo esta vez.

17 de mayo de 1887, y *La Nación*. Buenos Aires, 26 de junio de 1887. En <http://www.josemarti.cu/files/El-poeta-Walt-Whitman.pdf>; p. 3.

Poeta fundamental dominicano, Raful ha publicado una decena de libros poéticos, cuya calidad y trascendencia le han valido el reconocimiento nacional e internacional.

Ensayista también, ha publicado textos importantes de raigambre histórica y política.

La trascendencia de su obra le ha valido, además, su ingreso como Miembro de número de la Academia Dominicana de la Lengua.

Abogado y comunicador, el suyo es uno de esos casos en que el literato ha caído “de lleno en los brazos de la bruja Circe”¹⁸ para cumplir con un compromiso humano, social, democrático, que nadie, salvo su más noble conciencia, le ha impuesto y desde la militancia política activa ha dedicado, entonces, ingentes esfuerzos para aportar al mejor desarrollo humano, en su país y fuera de él.

Raful no es, por supuesto, el primero que comparte el quehacer literario con el político.

En un interesante trabajo titulado *Acerca de la literatura y la política*, Jorge Edwards cita varios casos de narradores y poetas y considera en este sentido que “en lugar de haber incompatibilidades o diferencias entre la literatura y la política, hay otra cosa: la gran experiencia literaria se identifica con la gran visión de la política, así como la experiencia literaria superficial conduce muchas veces a las visiones políticas mediocres, superficiales y oportunistas que hemos conocido tantas veces”¹⁹.

Dice el chileno en otra parte: “Lo que no conduce nunca a la buena literatura es la visión superficial de la política, una visión dominada por las modas políticas, por los lugares comunes políticos, por el facilismo, por la mediocridad en la concepción de la política. Lo que nunca lleva a una buena creación literaria es no pensar de forma autónoma y someterse al conjunto de ideas recibidas, por así decirlo, de los lugares comunes, de los tópicos, etcétera. Ha habido una especie de comodidad, de facilidad y de sumisión a los lugares comunes en gran parte del pensamiento literario y político. Pero los escritores que han sido o han llegado a ser escritores de forma auténtica, que han hecho todo el proceso de la literatura, a veces han llegado a una visión interesante y creativa de la política”²⁰.

18 Armas Marcelo, J.J. *Jekyll y Hyde, las dos escrituras*. En: *Las guerras de este mundo*. Sociedad, poder y ficción en la obra de Mario Vargas Llosa; Editorial Planeta, Perú, 2008, p. 71.

19 Edwards, Jorge. *Acerca de la literatura y la política*. En: *Las guerras de este mundo*. Sociedad, poder y ficción en la obra de Mario Vargas Llosa; Editorial Planeta, Perú, 2008, p. 81.

20 Op. cit., p. 79.

En el caso de Raful la literatura ha tenido que compartir su espacio con la política, con las muchas horas que este ha dedicado desde muy joven a tareas partidarias, a la participación en campañas políticas, al desempeño de funciones estatales lo mismo en el Poder Legislativo que en el Ejecutivo, ora como Diputado ora como Ministro de Cultura; y, sin embargo, la calidad de su quehacer literario, especialmente del poético, ha salido indemne de esas tensas relaciones y ha resultado siempre en lo mismo, una obra de la mejor calidad que le ha valido el aprecio y el reconocimiento nacional e internacional.

Con esta nueva publicación UNAPEC reitera su vocación de respetar la diversidad, ese valor institucional que, como he dicho, en nuestro caso tiene una existencia real y cotidiana, y sobre todo de contribuir al enriquecimiento y desarrollo de la cultura dominicana, sin perjuicio de su peculiar perfil institucional, que le caracteriza y le distingue buenamente en el sistema universitario dominicano, convencida como está de que su encargo social, ese que asume y desarrolla con rigor y compromiso, se cumple mejor si abarca los aspectos humanísticos en la formación de los hombres y las mujeres que nuestro país necesita.

Como dice Radhamés Mejía, distinguido intelectual y académico dominicano, Presidente que es del Comité Académico de nuestra Junta de Directores, en su interesante artículo *Universidad y humanismo*: para la Universidad el reto “más difícil (...) es el de conservar su esencia universitaria en medio de esa vorágine del mercado”. A lo que agrega: “La universidad, además de formar el capital humano, está llamada a jugar un papel fundamental en preparar al ser humano, no sólo para el mundo del trabajo sino para que se convierta en un ser cosmopolita, orientado por valores y sobre todo, consciente de que el hombre es lo más valioso que hay sobre la tierra y que el mercado, la política y todas las instituciones sociales deben estar orientadas a su perfeccionamiento y engrandecimiento.

“En medio de estos grandes desafíos” -sigue diciendo- “la universidad debe desarrollar una visión clara de su responsabilidad y no dejarse arropar por la moda. Siendo pertinente, actuando de conformidad a los desafíos de los nuevos tiempos y buscando y encontrando respuestas a los mismos, debe seguir siendo fiel a los fundamentos humanísticos que le dieron origen y le han permitido conservar el papel protagónico que ha jugado a través de los tiempos.

“Lograr este equilibrio” -explica finalmente-, “no es una tarea fácil. Requerirá de los universitarios mucha reflexión, mucho coraje

pero sobre todo apego irrestricto a los valores que han engrandecido la marcha de la humanidad a través de los siglos”²¹.

Difícil y todo, es una tarea posible.

Al publicar *La barca y el gavián, arengas del alba y la lengua*, procura UNAPEC no sólo concretar todo lo anterior, sino sobre todo contribuir con ello al logro del sueño institucional de nuestra madre APEC, ese que nos jalona a todos y nos impulsa a luchar “por un mundo mejor”, esa para la “que todavía no es demasiado tarde”²², como dijera hermosamente Gabriel García Márquez en su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura: “Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra”²³.

Comprometida, satisfecha, contenta, entusiasmada, UNAPEC publica *La barca y el gavián, arengas del alba y la lengua*, de uno de los poetas e intelectuales fundamentales de nuestro país en las últimas décadas, confiada en que la comunidad académica, intelectual y cultural dominicana sabrá apreciar esa capacidad suya para moverse con agilidad y gracia entre su declaración misional y la esencia universitaria a las cuales vive buenamente aferrada y valorar este aporte que hace al colectivo dominicano.

Justo Pedro Castellanos
Rector

Santo Domingo, enero de 2012.

21 Mejía, Radhamés. Universidad y humanismo. En: *Avanzamos o retrocedemos? Reflexiones sobre temas educativos*. Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, primera edición, enero de 2010, Editora Búho, Santo Domingo, pp. 113- 114.

22 García Márquez, Gabriel. La soledad de América Latina. En: http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1982/marquez-lecture-sp.html

23 Ibid.

ENSALMO DE LA PALABRA ALADA

La poesía es un misterio encantador que da indicios fehacientes de una zona sagrada de la palabra fundacional, émula del concepto bíblico de primero fue el verbo, la palabra primaria, troncal, la que inaugura y enamora, la que accede con prístina textura en toda lengua creadora de cultura. Se trata de un hechizo que cautiva, que establece aperturas, tránsitos y honduras del alma, inspiración sostenida del verso que encandila, rieles temáticos de la vida y la muerte, telaraña infinita e inescrutable de Dios.

Estos cinco textos poéticos están motivados por experiencias esotéricas, culturales, basadas en visiones y luchas de deidades en el ámbito reproductor de la esencia humana. “Freya, señora, pájaro” es un canto a la diosa Freya, símbolo de fecundidad nórdica, que habita todos los mares y pasa balance al ejercicio humano de vivir, a sus estampas de exterminio, recorriendo un contexto descriptivo que apuesta por la vida nuevamente; imagen guiada por palabras cuestionadoras que sostienen sus poderes taumatúrgicos en un balance de amores y cantos. Escrito en los años 80 del siglo pasado, “Freya, señora, pájaro” motivó un seguimiento del poeta Antonio Fernández Spencer, quien prologó su publicación. Como homenaje a su memoria, el poema está dedicado a este ilustre intelectual dominicano, quien disfrutó sus versos para honra inmerecida del escriba.

“Ritual onírico de la ciudad y otras memorias” es el poema a la otra ciudad pequeña, al entronque colonial, al peñón marítimo de vetustos monumentos, arcilla y adoquines, troncos y cortes imperiales, que se erigió a orillas del Ozama, de botijas y aljibes bajo la noche inmensa de la codicia y los sueños. Es el canto a las ciguapas que merodeaban en la maleza, a los espíritus atrapados en sus grutas y ruinas, es la canción onírica de las ordenanzas de la Metrópolis, del trato desigual, de la gloria de la aniquilación y la cruzada de la cruz y el reparto. Es un texto que llega a nuestros días, que incorpora a quienes viven levitando entre sus callejas y pasadizos, nombres memorables de la miseria continua de vivir por vivir, impregnando sus siluetas y sus miradas como grafitis en sus paredes pardas, maquilladas para celebraciones y actos oficiales. Es un poema donde

el bardo se queja en voz altísima por el olvido al poeta mayor, que muere en ella, amándola sin ser amado. Es una ciudad que fluye, que vuelve a vivir en las penumbras, escrito para develar su asidero de fantasmas.

“Ritual onírico...” intenta asir la pantomima histórica de un pasado confinado a la memoria del candil escrutador de los versos. Este poema ha sido reimpresso en tres ocasiones desde su publicación en el año 1983. Aspira a ser el texto de una ciudad perenne, imaginada, sugerida, soñada, actualizada en su ronda de atabales, parroquias y Alcázar.

“Eurídice” es un canto sostenido en el mito, los filamentos del tiempo de la isla, el poder sereno de la palabra retomando su alcance de luciérnagas y espadas, el borde policromado de conjeturas y apropiaciones donde su nombre, Eurídice, temple su indignación de personajes y luego los abandona, apuesta a sí misma, a su tejido ígneo, a su pentagrama poético donde desdibuja su memoria pasando balance a la historia. Es Eurídice, está en los infiernos, impaciente, gime en los promontorios como recurrente linaje del verbo y la utopía. Ni Orfeo ni nosotros podemos ver su rostro, se deshace como sombra antes de ser liberada. Sigue en el infierno, la llevamos en la barca, como Orfeo tocando la lira, embelesados. La poesía no puede ver su rostro, Eurídice espera, la isla y el canto y su epopeya también esperan, el poeta transfigurado busca refugio en su nombre encantado.

“La ciudad y sus cantos” es un texto poético de exaltación, es una oda a la ciudad crecida, es un canto rumoroso que toca las esquinas, los edificios, los tejados, las glorietas, los sueños, la gente, todo lo que hace posible la vida en ella. Escrito en el año 2009, el poema fue leído entre reliquias monumentales, frente al viejo reloj de sol, liado en la noche más hermosa, bajo el latido de los cantores y sus guitarras. Es enumerativo, pasa revista a la ciudad, flagela y besa sus costados, asume sus símbolos, hace recuento y permanece dentro de sus murallas como en una covacha, fundando de nuevo la ciudad con sus palabras, creando de nuevo sus destellos y sus auroras bajo el ala de una paloma que dejará volar, omnipotente demiurgo que reina impune en sus versos de la ciudad toda, ese vellocino donde se alisan la libertad y la llovizna.

“Danza del amor y los mandalas”, publicado en los últimos días de diciembre pasado, es un texto hurgador de las esencias prístinas del ser humano; se trata de abordar el amor en una danza infinita de espacios y filigranas, donde la musicalidad del texto impone

dulcemente su infusión de palabras, su ordenamiento rítmico que recupera la visión encantada de las saudades. El mandala es magia, plaza del inconsciente colectivo donde hormigean los agentes armoniosos del verbo. Es empatía del sánscrito y la rueda esotérica de los planos interiores. Es terapia y pauta conceptual de la curación psicológica. Es profundidad lúcida y divina. Es poesía con filamentos del ser ontológico. Su lírica taxativa no pierde su decir en las alturas del decir, en los bordes abismales donde el poeta se trepa con su mochila existencial a cuestionar misterios y deidades.

He pretendido reflejar en estas acotaciones la propia idea del autor, su creencia sostenida en un clima de subjetividad y angustia que solamente el ojo del arúspice, integrado a la poesía, puede visualizar como sortilegio, como escritura, lengua viva de la cultura y el tiempo datado que nos ha tocado vivir.

Quiero testimoniar mi agradecimiento a la Universidad APEC, a su consejo directivo y en especial a su Rector, Lic. Justo Pedro Castellanos, por hacer posible la publicación de esta obra: *La barca y el gavilán, arengas del alba y la lengua*. En su sensibilidad y apertura plural a todo tipo de exposiciones, investigaciones y aportes científicos a la sociedad, radica la dimensión de esta institución que prestigia los ámbitos del saber, la educación y la cultura en nuestro país. ¡Gracias del alma!

Tony Raful

Enero 2012

Santo Domingo, Rep. Dom.

PRÓLOGO

Tony Raful: Cantata por el Amor y la Palabra

Tony Raful es uno de los poetas más importantes de nuestra literatura actual, en la que ha llegado a destacarse tanto por la elevada calidad con que asume la escritura de sus textos como por su viril decisión de cuestionar la vida desde una óptica que, al situarlo en una justa dimensión humana, lo hizo adelantar por el camino de la creación intelectual hasta un punto ubicado mucho más allá de estas palabras, expresadas como un acendrado testimonio de admiración y de respeto por su importante accionar como escritor y como poeta.

Hablamos del Tony Raful quien con la publicación de *Gestión de alborada* adquirió la distinción de ser uno de los autores más destacados de la llamada Generación de Post Guerra o Joven Poesía, en cuyo contexto epocal se permitió iniciar la conformación del maravilloso universo lúdico que lo ha distinguido desde entonces, por usar las palabras y los signos con la misma pasión con que decidió asumir la vida, tal y como los antiguos orfebres creaban las maravillosas obras de arte que los inmortalizaban.

Es indudable que ha transcurrido mucho tiempo desde aquel año de 1973 en que el joven poeta, cantando en el escenario de Las Atarazanas Reales, desafió las iras y las sombras de lo desconocido al asumir la ebulliscente forma de expresión que lo ha definido desde que iniciara su ardiente tránsito poético, sin tomar ni desviaciones ni atajos. Porque Tony Raful ha vivido obsesionado desde siempre por el trabajo arduo, por el estudio a profundidad de las obras de los maestros precedentes y por haber exhibido una dedicación cuasi monástica a favor de la más absoluta calidad.

Accionar que le permitió descollar en aquel medio de tanta competencia, en el cual pudo convertirse en un creador altamente exigente, desde el mismo instante en que pudo darse cuenta de que al asumir la literatura como oficio fundamental, su *ethos* intelectual quedaría marcado por la inagotable búsqueda de una verdad que lo haría trascender hacia otros universos lúdicos, otorgándole la consagración iniciática que le daría acceso al manejo de los códigos que han de ser revelados a individuos escogidos de cada generación.

Tal y como ha ocurrido con el poeta Tony Raful a partir de su propuesta escritural contenida en *La ciudad y sus cantos* con la cual quedó convertido en un ser consciente de que la palabra habría de constituirse en sus manos en una especie de arma que al cantar y al decir fuera capaz de liberar las conciencias y los pueblos. Es por todas estas consideraciones que nos honramos en presentarles esta rigurosa selección de su obra poética, al considerar que ella habrá de constituirse en el Libro de los libros de este creador paradigmático que se ha constituido en el amoroso creador de un nuevo universo sónico con el que ha logrado hacernos superar las limitaciones generadas por la cotidianidad. Conformando nuevas cosmogonías desde las cuales se produce el nacimiento de la ciudad que el poeta dice amar y que habrá de convertirse en el centro de su vida y de sus sueños, por lo que se permite, a partir de ese deslumbramiento, asir la gubia de creador para devastarnos las historias y los días con sus estrofas más tiernas: “Yo soy la ciudad/ Pájaro en llamas / Festejo del puerto y de la Ceiba/ Tejados de palma y zinc/ Columnas de piedras y ladrillos/ Arcilla de una ciguapa/ Que escapó por las colinas antiquísimas/ Donde reside prístina la lluvia”, haciendo que toda la ternura de su voz se resuelva a partir de este canto fundacional con el cual él asume en su poesía el eco de todas las voces y de todas las pisadas que hollaron las montañas, las praderas, los árboles, los valles, los ríos y las laderas en las que se fue corporizando la mítica ciudad que él nos evoca al cantar.

En *La ciudad y sus cantos* Tony Raful alberga en el tramado de su obra la intuición y el aserto que le permitieron convertirse, al igual que los poetas fundacionales de la especie, en el gran decidor, en el milagroso profeta que habría de preconizar el ardiente futuro prometido desde el cual nacería la ciudad cantada y vivida de manera recurrente, porque no hay forma de impedir que al descodificar los signos que el poeta nos ofrece en cada poema seamos testigos del estallido de su voz, de las apasionadas imágenes que ha hecho surgir a la vida como un dios ardiente que emergiera desde lo más remoto del espacio, iluminando las desnudas ciudades que nos canta con la iridiscente luz de sus palabras.

La selección de estas cinco obras de Tony Raful de seguro habrá de constituirse en la saga de mayor importancia en su producción literaria, porque ellas recogen con vocación antológica textos de una hermosa y vibrante virilidad: “La ciudad y sus cantos”, “La danza del amor y los mandalas”, “Ritual onírico de la ciudad y otros poemas”, “Freya, señora, pájaro” y “Eurídice” con los cuales el poeta, al cantar a los orígenes del universo, establece una saga de profundos

cuestionamientos filosóficos, desde la alteridad que surge de su propio devenir como hombre, como ser atrapado en la urdimbre de los años cumplidos tras la acuciante búsqueda de la verdad. La que le ha permitido pasar a cuestionar los distintos ordenamientos ideológicos que dieron origen a los mitos creados por los pueblos que conformaron las distintas culturas que han existido desde la remota aparición de los seres humanos; porque él sabe que estos textos han de adentrarse, a partir de su poderosa voluntad cognoscitiva, en las íntimas regiones de su yo interior, desde donde los hace surgir para dar inicio a la búsqueda de sí mismo en otros universos, de los cuales habrá de emerger esplendente a través de cada uno de sus versos absolutos.

Porque más que un texto escrito para su gozo y solaz, esta selección de poemas es un producto testimonial de la profunda actitud reflexiva que lo ha hecho transitar zonas de profundos cuestionamientos, tras los cuales el poeta intenta iniciar la descodificación del papel mismo de la Creación, desde el instante en que hubo de surgir de la Nada absoluta todo lo que hemos sido, lo que somos y lo que seremos hasta el fin de los siglos. Ya que él como creador está vestido de las esencias de aquellos bardos que en la remota formación del mundo trashumaban iluminados entre pueblos y mitos.

Tony Raful, que ha sido compelido a develizar los misterios que obliteran la razón, nos dice en tanto se pregunta, en “La danza del amor y los mandalas”: “¿Existe todo lo que vemos/ O todo lo que vemos es ilusión/ Sólo existimos nosotros?/ La muerte es la cesación de la conciencia/ Pudrición del cuerpo sus células/ Cuánto puede durar, permanecer viva/ No somos lo que no fuimos?” Al cantar de esta manera el poeta nos expresa la duda albergada en lo profundo de su mente, porque el hombre que habita en el poema es un ser que ha perdido (momentáneamente) la fe en todas las creencias suscritas por los brahmanes, chamanes y por los sacerdotes de todos los cultos y creencias órficas que han preconizado la existencia de un Ser Superior que le diera forma a los seres humanos.

Haciendo surgir del barro fundacional (mágico), de una costilla de la noche, el cuerpo de una Varona-Madre-Eva-Mujer-Amor que el poeta se niega a aceptar como una imposición de los dioses, porque al estar munido del más perfecto amor, él penetra las oscuridades de la noche perdida a la memoria, estableciendo que el hombre no puede ser arrojado al vacío luego de haber sido iniciado en la profundidad de los misterios, porque: “El amor es un circuito torrencial de contactos/ De búsquedas sublimes/ Es el ser cuando

el ser es/ Salvo en el amor el ser no existe, es engañifa/ Toda noción de amor es misericordia/ no merece morir quien ama/ no merece perder la memoria quien ama/ No merece perder el ser quien ama/ Sólo quien ama merece llegar a Dios.”

Si la mujer que el poeta evoca en ese marco de nostalgia infinita tuviera la tibieza del sueño, podría ser Eurídice o tal vez sería el fulgor de un reflejo sensorial iluminando los más elevados senderos de la noche, haciendo que miríadas de eternos convocantes de las sombras invocaran su rostro entre mantras pronunciadas en su nombre, porque Eurídice es la suma de todos los hombres de la tierra contenidos en su aliento y es la suma de todos los sueños destruidos en los perdidos horizontes de las hembras, porque ella es ave que cruza estremecida la brevedad del aire y es a ratos temblor que desbasta las memorias contenidas en el tiempo.

Cruzando el Helesponto mil legiones avanzan dominando los vientos, el espacio, la tenue línea de la noche, el resplandor del día. Tony Raful ha contemplado a Eurídice avivando sus lebreles lista para la eterna cita con la muerte: “Eurídice/ eres polvo que lacta/ un día te vi y me acuerdo/ un testimonio que no vi nunca y me acuerdo/ ofrenda inaprensible/ casta de vivientes/ amor inveterado del sueño/ santuario/ blasón/ Cibeles de la nueva mitología/ dulce memoria/ donde la muchedumbre vomita/ sola, llegada de los bronce/ de las colmenas de Zeus/ de los pastos sacros/ de las fosas del hombre/ indigente mortal, breve/ una escudilla de silencio te bordea/ en las rampas del tiempo/ en las aguas.” En tanto que desde el perfil del tiempo Orfeo apresta su lira multiforme, polífona y eterna y es entonces cuando el poeta contempla a Eurídice girando en sí misma, “prístina transparencia, óvalo tierno, vida con la vida”, develándonos el mandálico universo contenido en el poema.

¿Por qué este poeta, que nace en una época tributaria de la modernidad, constela su obra con símbolos fundacionales que yacían perdidos entre las sombras de su memoria antigua? ¿Cuáles luces navegan perdidas en los canales de su sangre íntima, donde el deseo se revuelve como un caudal eterno y luminoso desde donde Eurídice alienta en sus acontecidos brazos el volar de todas las banderas; el regreso de todas las aves y los sueños y el ardiente aliento del Sol sobre relojes de arena que la contemplan eterna como una ventana colocada contra el filo de la tarde o una clepsidra abierta a los misterios?

Entonces Tony Raful cuestiona el acto mismo del surgimiento de la especie luego de la Creación, no importa que su visión esté nimbada por el aura de una ciudad que crece y se bifurca en

su memoria; no importa que el poeta nos cante una canción comprometida con los rituales esotéricos que brotan desde la absoluta comprensión de lo que está más allá de la gnosis. Porque el poeta no realiza este cuestionamiento de una manera airada e irreflexiva, sino que esta profunda búsqueda es asumida a partir de que generara un acendrado respeto por el Creador, que le compele a tomar una posición coherente, en oposición a los sordos avatares que han intentado desvirtuar la capacidad de soñar de los humanos.

Por eso la poesía fluye desde las manos de Tony Rafal como un ser vivo y transparente que, al estar dotado de caudalosas alas, se eleva más allá de los hemisferios transitados por su voz, más allá de las altas conjunciones de astros y planetas olvidados por las nuevas cosmogonías que devastan las palabras. Ante las cuales el poeta, dotado de la magia que le ha sido otorgada por los dioses, canta iluminado, dejándonos escuchar su voz plena de dramáticos acentos cuando canta su poema “Freya, señora, pájaro”, haciéndonos suscribir las sagas del misterio tremante que él materializa en Freya.

La diosa iluminada que al brotar desde el fulgor del aire se hace pasible de ser visualizada a partir de la nueva concepción volitiva, surgida del *ethos* creativo del autor, que asume frente a nuestros ojos la grave e infinita profundidad de lo eterno, cantando con una voz que ahora parece provenir de otros hemisferios confundidos en el rumbo de los vientos en honor a una diosa que se adueña de la vida y de la muerte, apropiándose del odio y del amor, de la ambigua luz de lo pasado y de los potentes resplandores que preconizan y anteceden al futuro.

Porque Freya se hace múltiple y única en su voz cuando el poeta nos dice: “Freya olfatea grandes ideas en los cornos, sumergida/ sus pensamientos recorren verbenas/ distantes la hulla y la nafta/ la edad como una vajilla de luz/ el jabalí hundido/ el óvalo marino solicitando especies nuevas/ una acometida de lilas/ un descendiente de Galeo, hijo de Apolo/ para oscilar ofrendas nigrománticas/ el rayo divino como un batir de medusa.” Entonces el poeta nos habla de cornos, de jabalíes, de óvalos marinos, de lilas en urentes acometidas y nos habla de Galeo y de sus descendientes, pero también nos habla de un rayo divino que, como el batir de una medusa, intenta iniciarnos en la iteración de los términos que habrán de hacerse recurrentes en el poema.

Porque Freya, además de ser una diosa inalcanzable para los seres humanos, se constituye en la receptora de los cuerpos destruidos en el combate, convirtiéndose a los ojos de los caídos en un sol de tránsito hermoso ante la muerte. Porque el poeta sabe que

ella habrá de asumir en su faz pródiga los perfiles de todas las diosas de la Tierra y de ninguna de ellas: “Donde comienza a girar obscena la imaginación/ a tus bodas de coral asiste armiño/ la licencia de todas las purezas/ una eclosión de aguas te liberta/ sobre tus raíces el viento te escruta/ los alquimistas flotan en la noche/ sobre las calzadas de la tierra los hombres mueren”.

Es por eso que Tony Raful intuitivamente inserta en el poema un final dramático que nos estremece, escogiendo a Freya como paradigma del amor, porque al haber traspasado las edades él conoce las marcas dejadas por el dolor sobre los cuerpos a partir de las combinaciones alentadas por los sueños. Uno de los momentos más dramáticos de la presente selección antológica lo constituye sin lugar a dudas su poema “Ritual onírico de la ciudad y otras memorias”, que nos trae en una encantada advocación un pensamiento de William Shakespeare, el bardo inmortal de Stratford On Avon: “Estamos hechos de la misma materia de los sueños. Nuestro pequeño mundo está rodeado de sueños”. A partir de lo cual el poeta desarrolla el texto que nos va conformando y deslumbrando desde el inicio: “Aquí están las memorias de los pájaros/ las ciguas que anuncian la isla/ los pólipos en vigía donde se desmadeja el litoral/ aquí están los susurros/ el agua que lame la proa/ el signo del macho cabrío/ aquí están los murciélagos/ los equinoccios/ la música que nos tumba sobre el pasto/ desde el cafetín de la humedad/ donde la brizna navega asidua/ en la ciudad toda de adoquines/ y petunias/ la danza lenta”.

La voz y los acentos emitidos por el poeta Tony Raful se han convertido en un eclosionante resplandor de fuego luego de haberse decidido a retomar el canto que nos habla del eterno proceso de construcción de la ciudad ideal que él persigue entre los sueños, en tanto avanza como un enloquecido Argonauta tras los dorados territorios que habrán de surgir en medio de las imaginadas planicies en donde habría de ser fundada alguna vez aquella ciudad inalcanzable que el poeta ha ido persiguiendo en su inconsciente, como un vellocino que refulge en sus ojos. Convirtiéndola en uno de los temas más apasionantes de su poesía, cuando nos remite a ciudades de ensueños, a elevadas habitaciones celestes abandonadas por los dioses, semidioses y avatares a los que habrá de perseguir eternamente a través de los encendidos espejos de la noche. Pero esa ciudad etérea e inconsútil, que aparece como una dulce muchacha perseguida en la poesía de Tony Raful, es también la nuestra porque el poeta, como un duende alegórico que interpretara las misteriosas melodías que surgen de la flauta y el rabel de los dioses en lo profundo

de sus sueños, nos convoca a que participemos de sus calles y del encanto de sus seres al presentar a nuestros ojos el voluptuoso nacimiento de una ciudad que se materializa, cual una Ondina que surgiera de las aguas, al escuchar los poemas del cantor que, munido de la antigua pasión que lo convoca, bien pudo haberlos cantado en el Ática clásica, en la Roma milenaria o en el Santo Domingo de sus sueños, porque ¿qué otra cosa es un poeta sino el eterno cantor de las sagas generadas por la especie?

Si en mi condición de lector comprometido con su obra me fuera posible hacer una comparación entre esta selección de poemas que me honro en presentar y un aire musical de los creados por los grandes maestros para honrar el origen y el destino de los dioses y los hombres, yo escogería, para materializarlo, a una gran orquesta sinfónica compuesta por mil maestros que ejecutarían una gran Obertura o una magistral Cantata que, acompañada de ardorosos coros de voces viriles y femeninas, de cantos de pájaros, de estallidos de cañones, de deslumbrantes caídas de potentes rayos y de una lluvia torrencial con escorrentías de tales magnitudes que sus caudales, al fluir desbordados, nos abrirían la tierra de la misma manera como Tony Raful con sus ardientes palabras y sus dulces imaginerías ha ido labrando amores y realidades a lo interno de nuestros corazones, desde el lúdico instante en que la verdad surgió desde la nada al emerger, como lo hizo Freya, del centro de las aguas.

Porque todo lo que él dice y canta en este texto ha sido visto por el poeta a partir del instante en que nos construyera el mundo que refulge entre sus ojos de hermoso transmisor de la palabra, cuando ésta proviene de los dioses; por eso ha cumplido el sagrado papel de convocarnos en este texto constelado de dimensiones esotéricas, develando los misterios que han permanecido vibrando entre sus manos desde que accediera al mundo que alienta entre los sueños.

Esta selección de la obra de Tony Raful habrá de constituir un hito trascendente en el futuro de su obra literaria, al haberle hecho asumir una imagen similar a de los antiguos cantores que, al errar entre los pueblos, llevaban las claves de un amor pleno de eternidades y la sublime noción de que el universo que surgía ante sus ojos había sido concebido desde el temblor de una estrella, que es lo mismo que decir desde la ardiente pasión de la palabra.

Federico Jóvine Bermúdez

Enero 2012

SD

**La barca y el gavián,
arengas del alba y la lengua**

FREYA, SEÑORA, PÁJARO...

(En memoria del poeta Antonio Fernández Spencer)

Freya olfatea grandes ideas en los cornos, sumergida,
sus pensamientos recorren verbenas,
distantes la hulla y la nafta,
la edad como una vajilla de luz,
el jabalí hundido,
el óvulo marino solicitando especies nuevas,
una acometida de lilas,
un descendiente de Galeo, hijo de Apolo
para oscilar ofrendas nigrománticas,
el rayo divino como un batir de medusa,

Freya disemina un gran reino entre Caribdis y Escila,
encantamiento y sustracción,
sirenas que se apropian en la faz pródiga,
en la prosa del sueño,
líneas onduladas y sinuosas,
heráldicas y regresivas.
¡Oh el mar, fuente vastísima, hidra, libertad!

Freya imparte simientes a una población tardía de
pájaros.
Yo busqué sus rótulas,
el cielo anuda figuras geométricas,

curvas abiertas, planas,
la jaula del tiempo no te alcanza Freya,
sólo tu plástica aguarda la ventilación del éter,
las ninfas del sol,
el alfabeto de los dioses,
nada hay antes ni después,
sólo tú Freya,
la celebración de tus reliquias,
el talismán,
la nodriza del vino,
donde comienza a girar obscena la imaginación,
a tus bodas de coral asiste armiño,
la licencia de todas las purezas,
una eclosión de aguas te liberta,
sobre tus raíces el viento te escruta,
los alquimistas flotan en la noche,
sobre las calzadas de la tierra los hombres mueren,
una migración de abejas colman su destino,
y el diálogo sordo en las cámaras y parlamentos
sólo un triunfo de burbujas,

una victoria tatuada sobre el odio,
(es ácida la leche) el bronce sonoro,
los pantanos,
nadie nos salvará.

Sólo Freya desafía la marca de una luna próxima,
donde el mar es la esperanza,
una cisterna azul para Morfeo,
ingrácida y ligera,
cejijunta sobre corredores y templos de cardúmenes,
el acceso a infinitas bocas cerradas,
inhabitables y espumosas,
descienden Hiroshima y Nagasaki,
olvidadlas sobre los pámpanos del agua,
las tijeras de la muerte no las recuerdan,
Freya estuvo impartiendo semillas,
mencionad a Atlántida,
Freya estuvo emergida ocupando océanos,
colmando de jabalíes todo el tránsito entre las Canarias y
las Azores,
y los delfines despertaron en áureos orfebres de fuego,
la aludieron con el odio,

con el anillo de la ambición y el pecado,
fogosos caballos blancos esparcen los clarines,
hay gritos de cigarras,
nos congrega el llanto como un arpón,
el acantilado,
y se desatan todos los manifiestos,
la grandeza y la ruina,
los fétidos imperios,
las acechanzas,
las espadas contra el corazón del hombre,
las grandes astillas de madera,
conquistamos territorios y salvaguardamos las banderas
y nos llegan grandes matanzas,
peores juicios,
la comuna de París,
el primero de mayo,
la primavera de Praga,
el napalm de Vietnam,
Siberia o Auschwitz,
las guerras étnicas.

Freya estuvo en todas partes agrupando arterias y claveles,
en la obertura,
en las perlas,
en la música que el mar balancea hacia la tierra,
en los ovarios,
en las matrices,
en la cítara enflautada de los pueblos,
arboledas y animales fosforescentes.

Freya purifica la tempestad,
su cabellera es un manto de agujas,
en su vientre habitan pajareras,
golfos de luz,
galerías votivas,
acumula horarios de ternuras,
del cantil del cuerpo
el canto del cisne,
no la hiere la arpía
ni el escorpión.

¿Cómo pueden cascabelear el mar,
suplantar sus parajes luminosos,
segar tejidos?

Imagino sus dulcísimas caderas,
algún soplo de amor recorriéndolas siempre,
un ayuno,
un tropel húmedo,
voraz cópula cerúlea,
la afusión de escorias,
el cebo divino,
la descendencia de un pueblo mudo
consintiendo un alba testamentaria,
de grandes esfinges.

Me gustaría besar sus ígneos senos,
acariciar su frescura en mis sienes,
su alto vestigio de luz,
acampar en vigilia,
el tiempo sonreído, distante, inexistente,
espiar sus quejidos
cuando toda subversión de los sentidos es éxodo,
aliento errante,
lugares vanos que hacemos eternos,
(piélago hosco es el mundo que se hunde).

Las acciones de los circos son fatuas,
sólo la fronda de su pecho es nueva,
sus ojos tienen las medidas de las riberas,
su enumeración de estrellas,
su levantamiento de espumas y rocas proferidas
acreditada, tensa, sedosa,
nacida en la aldaba de un sueño.

Solicito una orden pretoriana para salvarla de toda lógica,
de todo enfriamiento de pupilas,
de todo cálculo,
de todo lo que prescinde de las alas,
cuando Freya es onda sísmica,
torrente temerario.

D'Annunzio decoró horizontes,
conoció coloristas y pianistas,
ostentó báculos en las contiendas del mundo,
le ofrecimos cinco siglos,
un desvío de imágenes,
un universo fatigado,
un ayuntamiento de piratas en el océano,

una legislación de azucenas para el llanto intermitente,
los soles que sofocan la muerte,
siglos pardos y olvidados,
sólo cinco estaciones cazadoras,
prófugas del Olimpo,
(codicias sacerdotales),
nada hemos inventado entre Cupido y Claudina
sólo la sangre y Clío violándonos,
cortándonos la línea olorosa de las rosas,
las razas como oráculos,
sedimentos y pasos inciertos
briosos corceles literarios.

Freya estuvo también en la isla,
y todos la han podido olvidar,
la despidieron con alegorías y montañas,
asustaron a la liebre, al conejo, al grano de cebada,
propagaron alimañas,
hasta hoy,
desde ayer,
sólo Freya sabe si hasta siempre,

hemos sido pródigos en baratijas
desde entonces,
generales,
coroneles,
comandantes,
capitanes,
contrabandistas,
alguaciles,
sanguijuelas,
roedores del presupuesto,
pastores,
pederastas,
celestinas,
cantores,
golosos,
asesinos,
parásitos,
en la supina borrasca que nos envuelve
no hubo un solo descubridor,
genio,

inventor,
programador.

Los tarados despidieron a Freya y sonrieron,
vociferaron,
habitaron a Martín Fierro:
*“cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar”*
cantando contra la civilización,
una guitarra contra el cielo,
aquellos hidalgos nos dejaron nostalgia por épocas que no
tuvimos,
una herencia de llorones,
sobre una copa
el rasgueo,
la hospitalidad de la bravata y el coraje,
la pampa del continente desgredada,
tosca.

Freya recorrió la isla,
sus bahías subastadas,
los ensamblajes bizantinos,

nada nos libró de la tentación
allí estuvo Dánae omnisciente,
no hubo *dominus vobiscum*
en el altar mayor,
ella entristeció ennoblecida,
perpleja de un diámetro a otro,
sólo el odio,
la muerte,
la ancianidad de Anás a Caifás,
la percepción de los fangales,
crecida la multitud,
los tiranos que nacen de sus gradas,
el bronce negro,
aplausos.

¿Dónde estarán las virtudes teologales?
¿En qué símbolo?
¿En qué órbita?
¿En cuáles perseguidos?
¿En los perseguidores de mañana?
¿Qué serpiente se morderá la cola?

¿En cuáles catacumbas vibrarán los mártires?
Freya estuvo hastiada
los antropófagos la maldijeron,
bajo una columna de mármol rigurosa
de patria en la balanza,
parejas de jóvenes fuman marihuana
no recuerdan en verdad a los patricios,
aquellos que alumbran profecías,
erigen distancias metálicas
para perdurar en la espada de los años,
no advierten que a veces el alba se suspende y se vuelve
un ciego recinto de héroes humanos,
están contra el mar,
ignoran su eternidad,
el viento arqueado en su oleaje sempiterno.

Freya huyó con los párpados cerrados,
eran,
son,
serán sus días circulares,
Irlanda se destroza,

con orificios y máscaras,
invocando el evangelio,
desolando los espacios con la humareda,
el Oriente arde,
sobre el Corán hay arrugas de hierro,
confesiones sucias,
piernas detenidas,
Mahoma aborrecido,
es el odio,
allá, aquí, acullá
la cabalística,
la trama postrera,
la gesta del verdugo del hombre
el propio hombre,
los itinerarios diáfanos del fuego giran
en las prohibiciones,
en las gargantas de los ríos,
en los abetos,
en la hondura de la alta tierra,
puñales desenvainados en el estío,

en el comercio de códigos azuleantes
de espíritus lapidados,
anticipados en las horquetas de un árbol viejo,
cegados, uncidos de nieblas y diezmos,
todo el laberinto le pertenece,
el peaje del sueño,
los hospicios,
los vahídos de la provincia numerosa,
el ladrido de los perros a las viñas del cielo
la abuela y sus duras prestaciones,
el hijo y la espiral del egoísmo,
las zanjas del destino,
todas las cuchillas y viudeces son suyos.

Freya huyó a un mar que no se nombra,
abjuró de la afloración de fósiles,
de los pilones de las fuentes,
de los discursos oficiales,
se hundió Freya en su desnudez impetuosa,
en la montura de un jabalí inequívoco.

El mundo destruido,
en llamas unos reinos contra otros levantados,
los hijos sublevados contra sus padres,
el globo fermentado,
el pus,
un cállate a la ternura,
sobre canales óseos transitan abismos.

Freya visionaria previno el diluvio,
el final de su período humano,
la catarsis,
la explosión termonuclear,
el asalto suscitado a las fronteras,
las banderas exhumadas,
los vientres azotados por el alcohol,
Freya advirtió ciclos de agravios,
y se despidió de las piras y las dotes,
de su designio nórdico,

Freya Señora,
cabalgó hacia la mar,
alada, vaporosa,

insuflando luz fértil
en la urdimbre de su exilio marino,
en su templanza,
en los cánones del milenio,
de allí retornará
augurada por un batir de alas,
costeando la disipación de las aguas.

Freya Pájaro,
cubrirá de frutos y flores los nuevos territorios,
dispensadora del rocío marino,
alguien tendrá del Olimpo que acudir
sobre la rota gloria de los hombres
y poseerla
para que no se interrumpa el flujo cardinal
no se agote su poderío seminal,
buscaremos unas siglas nórdicas o helénicas,
una soberanía vigorosa,
para que ame a Freya en su lecho de algas y peces,
en su retiro de transición
y en su frente espesa inicie una ruta de besos

que la reencienda en su divinidad
para el testimonio de la púrpura y el éxtasis.

Freya volverá inveterada
desde un mar que no se nombra
a poblar grandes vías
después del cataclismo,
la vida volverá,
Freya la preservará en las fosas marinas
y nadie mancillará su audiencia de latidos,
puedo revelar hoy los designios,
los mandatos de una mariposa en el proscenio de la
frente,
la vía regia,
he estado con Orfeo, Icedo y Fantasio,
he visualizado la cítara,
todas las cenicientas muertas,
las canteras lapislázuli,
las églogas lúdicas,
los condenados de la tierra.

La quemadura no podrá con el refugio de Freya,
con su engendro inequívoco,

Freya ha adquirido modales y gestos terrenales,
transcribo sus epístolas,
su procesión de cánticos.
Naceremos después de la catástrofe
del parto de Freya,
raptaremos su voz
y cantaremos más alto,
al unísono,
nosotros
signatarios oníricos,
enamorados de Freya Señora Pájaro,
vida en la muerte,
júbilo poseído
del sueño a tientas
para poblarnos siempre.



RITUAL ONÍRICO DE LA CIUDAD Y OTRAS MEMORIAS

*“Estamos hechos de la misma materia que los sueños. Nuestro
pequeño mundo está rodeado de sueños”*

William Shakespeare

Aquí están las memorias de los pájaros,
las ciguas que anuncian la isla,
los pólipos en vigía donde se desmadeja el litoral,
aquí están los susurros,
el agua que lame la proa,
el signo del macho cabrío,
aquí están los murciélagos,
los equinoccios,
la música que nos tumba sobre el pasto,
desde el cafetín la humedad
donde la brizna navega asidua
en la ciudad toda de adoquines
y petunias,
la danza lenta.

En círculos concéntricos
donde negras superficies
se visualizan tendidas,
se hunden las voces,
hondas vibraciones se deshacen,
los aletazos de la espátula transmigran,

desde lo abstracto la sangre nos anega
y funda sus diamantes el sueño.

He pedido el sueño,
la estrella vacía,
he podido crear la ciudad en el sueño,
los altos edificios soñando,
ondular imágenes en la copa del sueño
donde la danza asedia la eternidad
que siempre nos niega.

¿Qué mares aguzan acantilados y neblinas,
en cuáles naves y cálida lluvia
nos abandonó el tordo,
en medio de qué sueño nació la ciudad
en cuál oblación la envejecimos?
El búcaro, la luz,
los sitios abiertos, triviales,
del hechizo la noche croante.

¿Qué sudoroso portador de antorchas bostezó,
reconoció la vida en el sueño?

Si nadie escogió esta ciudad
de ácida porosidad
que solaza el arenal,
de qué valieron los huéspedes
que embadurnaron sus pechos,
para qué verificaron sus blanduras musgosas
si no pudieron recuperarlas
para los viveros del sueño.

La lluvia trepa en la desnudez citadina,
en la cresta de sus oleajes,
la bruma custodia sus manos,
los últimos andenes,
el carmín fulgurante que nos convida
y en su erial pretérito nos anuncia
el pasado que amuralló sus nupcias,
cuando el eje se agotó en dádivas ígneas,
cuando su digital furia,
sus celajes,
ensamblaron afásicas escalas y paisajes,
perezosas crónicas
que aún ascienden en el éter.

¿Qué gloria fue aquella de fundar la ciudad,
qué cultivo de atabales la redimió?
¿Cuáles improntas bélicas
lubricaron el establecimiento del sueño
cuando el mar sostenía arcángeles,
amuletos pugnaces,
infladas mejillas?

Lloramos la épica
y arborecieron los recodos
las seducidas utopías,
la ciudad como un adefesio,
como una quimera baldía,
donde lejanas líneas bosquejan,
atestiguan,
que lúdrica es toda permanencia,
que nuestra es la córnea,
la pared,
el encanto heráldico,
el azar,
una galería de espejos como muro cegador.

Si nadie seleccionó su mobiliario,
sus lavaderos,
ni siquiera nosotros mismos,
absortos,
sumergidos en sucesión ilusoria,
perturbada.

Las cábalas nos envuelven,
amplían abismos,
avizoran mástiles
y vuélvense vacuas las vecindades,
las pretéritas orillas
donde es imprecisa la humedad
de los cuerpos adheridos
y el odio una tentativa de bordes absolutos.

¿No es el olvido un sollozo del viento
en la estatua del otoño?
¿No gimen los violines del mar
en las galeras humanas
donde es un laberinto
la ternura letal del sueño?

La ciudad fue un asentamiento
de distancias y pórticos,
de criaturas que arribaron tardíamente
en giratorias creaciones de hartazgo y opulencia,
cuando el ritmo armonioso organiza y asciende,
enrosca codicias y nos aflige
con un esplendor de penurias
en las postrimerías de un confesionario
de culpas propias y ajenas,
transferidas a la comitiva del sueño
donde aguarda la danza
su astral belleza.

En un hueco helado
el espacio es privación imaginaria
que cubre dócilmente
en sus regazos cósmicos.

El pájaro de la creación
asienta su temperatura
e inhala corrientes sobre la higuera,
la ciudad promete reverencias,

resiste a sí misma su impostura,
socaba su cuerpo denso,
bruces por las que un mirador
se perpetúa inútil
en las celosías de nacer, morir.

Se agotan energías absolutas,
un círculo diamantino
donde el hogar colma sus biseles inmensos
y la señora de luz es tan mansa,
espacio en creatividad
a distancia lívida
en cuyos vestigios orea el hombre.

¿Quién dijo que su embeleso
corroe el ornato del tiempo,
si su audacia no sobrevive al paraíso
en contingencia plena?
La ciudad vulnera fábulas, sienes,
en la cripta donde la noche rehace sortilegios.

Las entrañas
en un ademán curvándose,

en ellas empieza el contacto remoto,
el sueño que se mueve
en espacios próximos fluidos cuerpos.
La ciudad ávida rota los festejos
en indecible fervor,
ámbito encarnado,
seduce,
se esfuma cuando la olvidan.
Los indicios se extinguen,
se ahogan
en el virtual suplicio donde brota el número,
signo que nos contiene
en estricta observancia de ruinas.

Abre la ciudad sus felpas,
su tacto de corteza
en la gran jaula que nos fragmenta invertidos
cuando el dibujo de luz en el vientre
late iconográfico,
intercediendo en la vida, en la muerte,
como el único milagro,
la textura del duende.

Importa la ciudad
si la identificas en el sueño,
en su duración imprevista,
en su mito de cristal
donde una coordenada védica ilumina.

El futuro es un distraído símbolo
que yace exánime en copas turbulentas,
un salmo amarillo
de la primavera y los bosques,
reiterados milagros
inadvertidos,
obras desmesuradas y constantes.

El contorno de la ciudad nos delata,
se desliza cómplice,
punza y nada testamenta sus querencias,
en pálidas aventuras
es o no es
si la puebla el sueño,
el carruaje crepitante de recuerdos
cuando brilla sustantiva su aura.

Nadie amó más la ciudad
en sublime aliento,
su grave adiós pernocta,
la palabra.

Oh, rapsoda,
tú fuiste yo,
transeúnte burlón,
silabario de sus muros.

Ha quedado vacante la ciudad,
lejos de su cuerpo.
¿No espera la eclosión de apagadas células
su pequeña muerte honda?
¿Cuándo agotó Franklin Mieses Burgos
sus ciclos vitales?
¿En qué lugar distante
de ámbar seráfico
en las alas de cuál ángel,
en qué despoblada superficie
decreció su alba?

¿Por qué se fuga
en aluvión perenne
como todos los mortales?

Si una abeja,
una paloma propicia,
una sombra suplicante,
si sus ejes melodiosos,
si su dulce voz continua
tienen el mismo destino.

¿Cómo mezclar vendimias,
hongos,
lanzas oscuras?
¿Cómo?
Si atávicos prismas refractan fulgores,
¿Cómo?
Si suman inútiles los sonidos,
los impulsos,
la urdimbre.

¿Cómo?
Si a menudo se amanece en estiércol.

¿A dónde desvelamos el asombro,
el reposo,
la mirada amiga que ya no es,
el árbol absoluto
donde cesa el embrión?

Si le pertenecen las óperas,
los altos techos,
las frutas de la noche,
el suyo,
anecdotario de todas las albas.

Si conocía las vasijas,
los adobes,
las beatas,
el sol colonial,
intramuros.

Allí,
donde su ciudad oronda abdicó
se hizo plural,
asumió su encantamiento,
su palabra como un delfín,
deslumbrante
y no obstante ajena.

Después del discurso,
¿quién sobrevive?
¿En qué hálito viviente
ingresa el aura,
se produce el vaciamiento,
el inmóvil punto de la ciudad
que se ensortija?

El poeta se desplaza sigiloso,
entremés,
enterradas sus airadas rosas de fuego,
el germinal supuesto
de gélidos dedos
que apenas bosquejan,
reclaman la quietud del violín
o las muchas manos
que imputan al girasol.

Si su ciudad fue sólo pensada
y ya no existe,
todos debemos descifrar sus abandonos,
detalles que postulan el cactus.

Alguien dispuso para él vocales,
danzas.

¿Dónde está ahora,
si no estuvo,
estará en cuál intemperie?
¿Con cuáles granujas espera lejos
si el sueño obtempera
sobre vigas de luces
resignadas hasta lo infinito?
La esperanza halló rosales,
espigas suficientes
donde ornamentos inesperados,
rúbricas amadas,
ciguapas copulando,
fluctúan rotativas.
El habitante desfalleció,
admitió las botijas,
los sustos adecuados,
una floración tardía de hortensias.

¿Cómo pueden los campanarios,
cómo puede la ciudad
despedirse de él?

Si este bronce vencible,
si esta gloria desnucada
sigue en el sueño repitiéndose,
recreándose,
sorprendiéndose.

¿Cómo puede la ciudad perderlo
si para fines masivos
se torna inocuo el tiempo,
si la giba del universo asoma
si sólo vivimos a tientas el propio sueño?
La ciudad posterga
el verbo en los hemisferios del sueño,
la placenta del sueño eterno, fluido.

¿Cómo puede ser,
cómo es posible
que a la hora de su muerte
no haya suicidios solidarios,

paroxismos,
cables de prensa dando cuenta,
si se ausenta sencillamente,
si es un hacedor de mundos,
un operante de mariposas y pájaros,
cómo es posible tanto silencio,
tanta mudez tácita,
tanto desdén por el espíritu,
tanto asco en la ciudad?

La ciudad no se percata
pero en sus raíces
hay pupilas insomnes,
un amasijo de algas,
una diáspora de siglos,
un virrey infame,
unos tornillos que no sirven para nada,
unas partituras obce cadas,
títulos nobiliarios,
los bordes policromados
de vasijas imperiales,

las lluvias que mecieron
el cadáver de Alonzo de Ojeda,
el viejo ascensor de los ritos,
el podio mortecino,
el ávido jadear de medianoche,
Amelia Francasci
y su *Monseñor Meriño Íntimo*,
la ostensible alcurnia de María de Toledo,
los diseños de Ovando visionario,
los cuellos almidonados,
la patria en las comisuras
de los adolescentes de febrero,
la memoria órfica
de las mercedarias,
los túneles astrales de Patín Veloz,
la grima alevosa,
los cortesanos fornicando gozosos
mientras la temperatura no varía sustancialmente,
el propósito de la vida inescrutable,
la voz tensa,

la nave del otro espacio,
la ignorancia supina,
la puntual muerte diaria,
intermitente
e imposible de definir
como la vida misma,
que en toda la ciudad
acecha inútil
y danza lenta
la pérdida cuantiosa del sueño.

La ciudad en penumbras
columpia eternidades,
existe por sus talismanes
como dagas silenciosas
que recelan suburbios,
anulan memorias,
reconditeces etéricas
en cuyos artilugios
hay poblaciones extraviadas
y apacientan moluscos,
mágicos lagos en el caudal de los días.

La ciudad se quebranta en madrigales,
acontecen sus cismas otoñales,
los hontanares donde se abreven recuerdos,
la menuda sementera
donde sopla Dios su legajo inefable.

¡Oh, remota altivez de los dinteles,
ciudad ajena
que definirán los otros!
Podio pertinaz,
de antiguos balcones
y luceros claros,
detienes el bullicio
cuando agotas florilegios
y las prostitutas
arengan su viscosidad,
desgastan el concierto
de las calles taciturnas,
los orines,
el hollín,
la malandanza,

el erigido espejo de los años
destrozándonos
péndulo del moho.

La ciudad prorroga guadañas,
ella es
única atada,
asida a las pupilas ciegas del osario.
Esta ciudad nos reduce por igual,
las llamas,
la piel,
cualquier entendido de cigüeñas
surcando el sueño,
nos aniquila la ciudad,
en cualquier latitud
el mismo desamor,
la secreción del viento frío,
el torpe desvarío
de quienes se pensaron felices,
en un tris,

la ciudad es agonía absurda,
pared encalada
donde alguien dató el cielo, las estrellas,
es un momento
en las vísperas de una muerte espaciada
que sólo es muerte
cuando la anuncia el sueño.

Se marcha Luzbel
en un cometa distante,
rotos los planos de consolación,
el insoluble invento obsesiona la ciudad
y llena de capillas los montículos,
el sueño se hunde en devastadas orillas,
el pájaro malo oblitera tránsitos corpóreos,
volveremos a ver los celajes
en las rotondas del paraíso.

Difícil es atravesar la ciudad
como un escalpelo,
si se desgarran las nubes,
el hielo,

la inhabitable espuma.
El futuro se reitera rutilante,
saldrá ileso
en las confrontaciones ígneas,
en la edad de oro,
diez mil años prometidos
para pastorear las colinas del sueño.
La tenaz eternidad
derrama sus aguas,
profana círculos,
agradece ceremonias,
en sus refugios provisionales
la ciudad temporal aguarda,
detrás de sus torres
declinan pesadillas,
los ayeres que nunca han sido.
¿De dónde viene la ciudad,
cuál casta dispuso su acceso,
qué constelación foránea
abrió como un arco iris
su lazo de colores en el mar?

Si los dulces amantes
exhalan frescura citadina,
si el ala sigilosa del farallón
insiste enhiesto.

¿De dónde viene la señal,
de cuáles ligaduras celestiales?
¡Oh Diosas de la luz,
retengan los astros
que mi alma anhela
fuera de la ciudad
en la contienda viva, venidera!

Que mi corazón no altere
la bruma giratoria de la urbe,
los testimonios,
el agredido plan del amor
en los ministerios del cuerpo,
los detalles,
las oraciones rituales,
los aprestos de eternidad
que el árbol realiza.

La ciudad mía
de ensalmos llena,
trábase la lengua
y desandan lazarillos
como palmeras,
pero no acierta el ser envanecido,
ignaro,
esta ciudad se desdice
en sus recámaras aguardan suplicios,
el neón,
la usura,
los edificios,
la polución,
no trasciende la ciudad,
oscila el llanto,
los anticristos de trasluz hormiguean
en tribunas,
mítines
y conciliábulos.

La instigada ciudad tiene tutores
del alma en pena
si la purga el hechicero.

¿Dónde están los luases,
la protección de los conjurados,
dónde están las momias
que vagan como nubes y pesadumbres,
dónde
para beber en esa muerte escénica
impostora y horrenda?

A la ciudad roja la salimos a buscar
en pesadillas
cuando asoma entera su perfil,
su vaciada luz de incendios,
el iridiscente paisaje,
remolino de los cielos.

¡Oh, ciudad escarlata
de bustos violados
por la cólera de las muchedumbres,
cuánto desamparo
en tu núcleo de furias,

en tu constancia de rugidos!
Mueres ineluctable
de odio llena,
contentiva de héroes
que solicitan olimpos,
señuelos,
la alternativa visión de la gloria.

Ciudad precoz,
vencida en la memoria alud
del henchido aire de las estepas
donde la heredad embrionaria agobia
la blanca cúpula de los trigales.

¡Oh, los otros,
que construyen estatuas de sí mismos en la plaza,
erigen embaladas estelas,
endosan agravios finitos,
colocan peroratas
junto a poleas y huesos,
encallan miradas en el bronce, mármol,
encolan letras góticas
como cocuyos en su noche absoluta!

¡Oh, los otros,
que diseñan monumentos,
edifican en la arena
y los devora el olvido!
La infeliz ciudad
donde el pus reina sobre los cuerpos
y gesticulan andamios,
fantasmas, cangrejos inmortales.

Cuántos vendajes sufre el espacio,
el andén tierno,
los hipocampos,
el clavicordio que se despeña,
la procesión de imágenes,
los abismos que definen contornos,
insondables e infinitos.
¿Quién asfalta la flor,
quién arruina su breve eternidad,
hacia dónde fluyen las estratagemas?

Cuando la ciudad se llena de boutiques,
financieras,
funerarias,
¿dónde está el duro reservorio?

Si la ciudad cosifica los condominios
Mercurio asienta sus posaderas
en multitudes enceguecidas,
si la megalópolis totalitaria
seduce y provoca.
¿Dónde está la venganza del mito,
el embarazo del sueño?

Si el unicornio se despide
y nadie admite su entorno de luz jadeante.
La ciudad atemoriza demonios
como si un obstinado rigor de metáforas
o un ángel la hubiese diseñado.

Los puentes colgantes,
las marismas vecinas,
el eco distante,
¿qué hálito la posee,

qué cuerda toca
si alguien maldice,
gruñe en la soledad
o se ausenta en días lluviosos?

¿La misma tez lánguida
no es la caja de resonancia
donde el tiempo golpea?

Agrava la quietud
el operativo de ternuras
que la aurora ofrenda.
Evoco los cuadernos
donde anoto hipérboles y vigili-
as, la taza de café que nos cita,
deshace entuertos,
luces que a veces se aproximan demasiado.

Si he gemido en los bordes,
procurando los manuscritos,
habitado el caserón,
la zona vedada,

los corredores ciudadanos,
los flancos ocultos de occidente,
el barrio que no alcanzan mis años,
las sílabas del rocío,
si he reproducido los peldaños,
los adoquines
que juntaron el jornalero y el alba,
si en el tinglado del puerto
he rastreado el primer crepúsculo
y el orden ha retornado a su lógica inveterada,
a su inaudible orgasmo,
diásporas perennes,
si he vivido en tus vísperas
donde el amor
es un tejido paralelo,
un acto irrevocable
que no cesará de restituírnos el fulgor del sueño.
Es para que la ciudad de mañana
recuerde a sus amantes de hoy,

al esplendor que rebosó su techo,
que recuerde a sus minorías segregadas
que amaron sus costados,
es para levantar actas en la era del beso,
plenitud en los capullos del sexo.

¿Cómo sería posible
negarles sus campánulas,
los envíos blandos,
dulcísimos,
apagados del cuerpo?

Ciudad de mañana,
compasiva,
solemne,
espléndida,
recuerda a tus amantes de hoy,
indiferenciados,
sus labios gozantes,
su epidermis tocada,
el margen tibio donde pasta la memoria
y la brisa canta,

el higo cela,
muere la magnolia
y nadie la oye.

¡Oh ciudad de mañana
donde el vacío predominará,
las computadoras,
los arqueros,
el severo cristal de las horas!

No depongas los frontispicios lucientes,
no abdiquen las serenatas,
ni disuelvan las pasiones dolientes
el hondo vino que las recrea,
no deje de soliviantarnos
nunca la mujer contigo,
no olvides a tus amantes de hoy,
no nos olvides
en el leve soplo que nos confina
ociosos,
insípidamente nacionales.

En reposo la ciudad
propicia al mar sorprendido,
el obelisco hembra aguarda
al obelisco varón,
desde entonces
el asedio análogo,
el sosiego caído,
una herencia de naufragios,
una turba de amantes
que al tiempo cubre de musgo y olvido.

Vive el signo,
el asombro
y acampa la penumbra.
La ciudad de danzarinas escondidas
nos espera,
buscará el desnudo,
el esfuerzo,
el artificio de los días,
el vetusto polvo insoslayable,
las imposturas del cuerpo,

el alterado pulso,
el humo que te regresa a mis sienes,
los candelabros,
la risa que nos atrapa y hermosea,
la mujer que se alisa el pelo
y se nos entrega
magnífica y vaporosa como un ensueño,
la callejuela que vibra adolescente,
la crispada tarde de gris dominio,
las palabras que guardamos de otra época,
el asomo burlón de las efemérides,
la ciudad que crece desbocada,
escarnecida,
espetada,
raptada para el mito de la nostalgia,
allí donde un pedazo de océano
llora convulso en la costa.

Cuando los hombres alzan los rostros
aceptan
no hay nada inerte,

ni el ave tímida que el ensueño sitúa cercana
ni los tejados opacos,
es cuestión de observarte envejeciendo,
más allá del amor,
de la felicidad estadística,
quiero decir que te convoco al caleidoscopio
junto a farsas grotescas,
maniobras interminables,
lugares insólitos,
metrópolis
y que da lo mismo brillar en la nada,
accionar puertas,
abrir ventanas,
omitir el mar si llega el clímax
entre sus anchas olas,
vindicar el pálpito
de unas manos que se frotan,
si el mismo sabor informe nos desfonda
toma posesión de células,
nubes,

horarios,
moléculas.

Si al morir aquí,
al perderte,
al borrarnos
del centro al vacío inalcanzable,
del reverso
se despide uno allá,
aquí,
quién sabe
de la única
total
ciudad que nos pertenece,
súbitamente poblada de alas.

Cuando la ciudad muera,
en el sueño morirá,
¿quién velará sus restos,
articulará preces al altísimo
o hará la señal adecuada
cuando los muchos arroyos den al mar?

¿Quién en la llanura
advertirá la sobrenada?
Si un personaje pintoresco
no estará para solicitar vestimentas,
¿para qué las querría,
raídas,
turbulentas,
si no estará plantando
único
su ronquera en el lomo de la noche?
¿Quién enlazará los lamentos,
el horrible llanto,
la piedad de los rezadores,
la frente angosta,
las chalinas,
si las cámaras humeantes,
si el espejismo de las horas,
vocativo amatorio,
si el volumen venturoso del tiempo
se arruina inexorable?

¿Quién la absolverá de pecados
y dirá que era tan buena
con sus circos,
oficinas,
limosneros,
contratistas,
amas de llave,
impostores,
turistas?

Cuando la ciudad desfallezca
¿quién nos recordará el velatorio,
reclamará sus despojos
y advertirá su desconcierto?

Tal vez un personaje a tumbos
en peldaños óseos,
con cola de cristal
pavoneándose en los jardines del sueño.

Cuando la ciudad muera
y el callejón de Reginas Angelorum
se reintegre a la nada y al olvido,

sobrevivid,
personajes amadísimos,
en las cumbres secretas de la ternura,
crestas del recuerdo
donde se rehace con amor y arcilla
el don de la vida,
alquimias y palabras
en una vaga luz infinita.

La ciudad ondula cálidos contextos,
andamios sonoros
que se desvanecen como pompas,
laten los signos del zodiaco,
sus provisiones ateridas,
el esquema de eternidad
que balbucea el ensueño,
la colaboración del vértigo,
un anticipo salobre,
cenizas de gaviotas y barcos
sobre acantilados y nieblas.

El universo citadino se desgrana,
fosforece,
apacigua palomas crecidas,
ocupa figuras confusas,
nos alucina el febril acoso,
el tibio fantasma que emigra hacia tus muslos.

El amor canta en la senda del oquedal
y nos destrozan los significantes,
los pueblos ultrajados,
las espadas imperiales
que íntimas nos humillan.

La ciudad posee sesiones de humor negro,
disemina pasarelas,
un turbio eco,
un buscarte de nuevo en los espejos.

¡Oh glorietas que aún permanecen!
Es manso el amor que convida abuelos y domésticas
en una ciudad de memorables insomnios
que carcome todas las quimeras.

Envejecemos en bóvedas,
espantados.
Agoreras las confidencias,
el encono sostenido,
el comercial de la televisión
que nos desalma.

La ciudad balancea su peso
en párpados sombreados
que aligeran el instante,
imperturbables,
perezosos,
cuando la voz es magia,
cautiverio de la adolescencia,
conjuro que exorciza sinfonías y destinos.

Procuró la palabra,
su mudanza de amor.
Los contertulios no desdoblan maravillas
sus puntuales voces no atrapan leyendas,
será la agonía de no perdurar
indescifrables
dejándonos cada día.

Vamos por las calles diagonales
del mar venimos
destituyendo sirenas y eternidades.

¿Qué imponderables azares asumimos,
qué sucesivos emblemas adoptamos?

No sé de otras ciudades
pero en tu piel las engarzo,
rendidas,
entre otras formas sinuosas y desvencijadas.

¡Qué hundimiento,
qué sensación,
oh, compartido vacío que nos hace hermanos!

¿Quién detuvo la ciudad
cuando estuvo ahíta de confidentes,
cuando levitaban las estatuillas
y se apagaban las albas de abril?
¿Quién nos condujo a un interrogatorio,
mencionó una patria prohibida,
encandiló la celosía
y pobló de viejos ritos la urbe?

¿Quién ordenó las requisas,
el otro miedo errante,
no comprendió su inútil delación,
su breve paga?
Si esta ciudad entenebra los días como noches,
¿quién no entendió entonces el suplicio,
el abismo,
los jirones,
este erupción,
esta posesión de polvo?

Cuando despertemos
navegaremos
dejaremos atrás crepitaciones,
la hoz sudorosa,
la soledad conminatoria,
la controversia de los polos urbanos
devorándose en discreción continua,
los taxis,
ómnibus,
los funcionarios,

todo lo voluble y efímero,
plenario de engañifas.

¡Oh, riendas espirituales,
qué desamparada se vuelve la ciudad
en sus movimientos expiatorios!
Si dimitimos
¿quién nos salvará?
Si la imagen circular conmemora períodos,
los gritos se internan en recintos de luz
que delatan su imaginaria voluntad.
¿Cuáles protectores nos rescatarán,
consolarán las periferias,
las absurdas visiones de los abolengos?

¿En cuál órbita de asombro
afianzará sus garfios
la sede onírica?
Nos negamos no obstante a desaparecer,
con los desacuerdos,
con los disgustos soterrados,
con el oropel,

los orines,
los tachos de basura,
nos negamos a morir
y prolongamos el ensueño,
que no es,
que no ha sido,
que tiene cuadrantes, cerraduras,
gacelas pastosas que no alcanzamos,
nuncios soeces,
saetas triviales,
símbolos que estupran los duendes.

Cuando reencarne la ciudad
se borrarán los recuerdos,
las luxaciones,
los escapularios,
hacinamientos,
se borrará el empalme de la otra vida,
las manos dulcemente sugeridas
en la vastedad de la noche,
las distancias,
los planos ignotos del fuego.

Cuando reencarne la ciudad
nos abandonarán las arboledas,
las vigiliass,
las canciones de cuna.

Todo será como empezar de nuevo,
fatigas,
derrumbamientos,
el blando amor del cuerpo,
el cilicio,
los autos de fe,
lo áspero,
el sabor de la miel,
cuando reencarne la ciudad
nadie borre estas líneas,
góndolas que navegan en sus entornos.
Nadie puede abolir el sueño
si la ciudad ciñe en armonía sus huestes,
el ardiente mandato
que profética hace mi lengua.

El amor es el sueño que nos arbitria,
la danza lenta que en los límites de la ciudad
preside las aristas de la lumbre,
el destierro de lo real.

Aquí está el fuego heraclitano
donde alabado sea el verbo,
la madeja que tejieron seres de luz.
Aquí está la ciudad
en la isla que montó el laberinto de los mares
sobre nieblas inmemoriales,
las fortalezas signadas por rayos y amparos,
ese conducto, el olvido
que vuélvese sobre los huesos,
dorso del trébol,
el amor,
que abastece las notas que transcribo,
los arquetipos,
los áureos astilleros,
la alucinación,
la química del centauro
que el horizonte socava.



EURÍDICE

Eurídice tiene la tibieza del sueño,
todo su acceso es tardanza,
celda numerosa del día
holgura de palma,
reino litoral
donde baña el alba su cuenca matinal,
óvalos tiernos,
futuro dócil.

Silba
y la patria suspira
sobre emigraciones,
antiquísimo parietal,
prístina transparencia,
raíz palpitante,
no tiene cascos emplumados
ni vírgenes corrompidas
no es Cartago sagaz,
ni Roma sublime y disoluta,
no está ebria en las festividades,
ni aguza olivos,
ni tiene ópalos
o anticipos salobres en las ciudades,
escala mares como un buque fantasma,
consagra las olas y se disuelve

vida con la vida,
retorno y ápice de resplandor,
luz que cava los frutos y los derrama.
¡Oh, Eurídice, de extrañas desherencias!
Hay un hueso gris en tus alas.
Se reanuda este largo sopor
de proscritos debajo de un gran árbol de fósforo:
los ascetas,
los servidores,
los contempladores,
los ciegos,
los poetas,
buscamos un siglo de cristal,
una voz que doblegue el alto piélago,
los cedros del mañana,
las instancias escritas de los dioses,
el umbral,
el barniz,
las alas que cuelgan sin volar,
los roedores nocturnos,
las ensenadas,
los balances de la isla,
los colores blancos,
las vísceras de los piratas,
la lluvia como una ovación.

Eurídice,
eres polvo que lacta,
un día que vi, y me acuerdo,
un testimonio que no vi nunca y me acuerdo,
ofrenda inaprensible,
casta de vivientes,
amor inveterado del sueño,
santuario,
blasón,
cibeles de la nueva mitología.
Dulce memoria
donde la muchedumbre vomita,
sola, llegada de los bronce,
de las colmenas de Zeus,
de los pastos sacros,
de las fosas del hombre,
indigente mortal, breve,
una escudilla de silencio te bordea
en las rampas del tiempo,
en las aguas.

Sólo yo sé de tu aliento,
de tu cal viva,
de tu flujo,
del linaje de la heredad,

de los espasmos en los altares,
mientras coloco tu nombre en mi arco
como una flecha humeante tras las llagas,
pródigo bajo los emisarios,
legible en las mandíbulas de los hambrientos,
y no declina el oro y su mugre,
y no cede ese pliegue recto,
esta anudada trenza de la noche,
esta caléndula del furor errante,
esta pascua privada,
este lanzamiento de ocio y muerte.

Eurídice,
madurada, exterminada,
trueno silenciado,
yo recogí tus tablas prohibidas
como un prodigio,
como un espejo,
como un sueño que continúa noche tras noche
obsesivo y aromático,
pintado como alba en los muros de la demencia,
intoxicando,
traumatizando,
apresurado
delirium tremens,

La barca y el gavilán, arengas del alba y la lengua

como un oficiante guía la ceremonia del canto,
la plena lubricidad del alma,
inconsolable,
impaciente,
en los infiernos,
de Eurídice los promontorios,
de la isla la poesía y su epopeya.

El amor nutre los centenarios,
las proscipciones,
los rostros amados,
el ritual intemporal onírico
de una ciudad a la que nos aferramos
sin revocar sus espejos y pesadillas,
sin saber de qué sustancia,
contrición,
de qué inasible contienda cósmica,
somos un deliberado juego,
unos cánones misteriosos
unas sombras intrincadas.

Del sueño el amor,
el logos que lo habita
en los pórticos ilusorios.

Del tiempo su ajena copa
sumo hierofante
por siempre piramidal e irrefutable
donde advienen los címbalos,
la exultante asepsia,
el poema que arrebató al tiempo sus registros.

La barca y el gavilán, arengas del alba y la lengua

Discurso del deseo:
que la custodien luceros y cantatas
ésta
mi ciudad porfiada,
a la que escribo estos versos,
pomada o responso
para sus sucesivos y espigados sueños.



LA CIUDAD Y SUS CANTOS

(A Giovanni Cruz)

Yo soy la ciudad.
Pájaro en llamas.
Festejo del puerto y la Ceiba.
Tejados de palma y de zinc.
Columnas de piedras y ladrillos.
Arcilla de una ciguapa
que escapó por las colinas antiquísimas
donde reside prístina la lluvia.

Yo soy la ciudad.
Horóscopo y festín.
Quejido insular.
Mudanza de colores en el asta del alba.
Recinto baldío para la piedad del opresor.
Vitales de cielo y corazón para la estadía del sueño.
Vigía que reanuda el desquite de la vida.
Volumen del amor que el mar celebra.
Franja grávida de pájaros que se hospedan en primavera.
Yo soy la ciudad.
Vecindad de amantes.

Yo ciño el tejido de los cuerpos.
Danzo en las ruinas venerandas.
Colgaduras de cielo impuro.

Palomas y duendes débiles.
Miel fugaz de nácar y sueño.
Oficios de bodas de plata
sobre el lomo lírico del viento y del siglo.
Nave del albur.
Sonidos coloreados en los besos.
Palomas ondulantes
seltas sobre el verano husmeante.

Yo soy la ciudad.
Un mirador de ciguas
sobre la barca gris de la muerte.
Memoria de madrigales.
Lucero puntual en los balcones.
Florilegio de un ensalmo.
Andamio precoz de musgo y luna.
Marfil donde boga la fortuna.
Febrero, abril.

Rendición de utopías
en el alba herida de la luz al morir.

Yo soy la ciudad de carne y hueso,
de palabras y asfalto.
Refugios paralelos.
Soles clandestinos
que son misterios en tus ojos.

Cielos oscuros
que son avisperos hundidos
de amores extinguidos.
Lámina desnuda de luz fría.
Pálida aurora bajo tierra
donde moran pesadillas y lazarillos,
un esclavo que hace quinientos años
lleva un grillete eterno,
unos conjurados que no cesan
de penar en las penumbras.
Yo soy la ciudad que se crispa
y regresa a sus viejos linderos.

Náufragos de vaga luz salobre.
Bóvedas de fulgor y fatiga.
Yo soy la ciudad,
todas mis botijas caben
en un puño de agua mansa y oscura,
textura de todos los espectros,
lloviznas que hicieron mágicos los atardeceres,
reloj de piedra vencido por los hongos de la eternidad.

Yo soy la ciudad.
Sobre mí hay un corredor de atabales,
diablos cojuelos,
piratas suplentes en las tinieblas,
alquimistas apostando a empañar el crepúsculo,
magos incipientes que festejan el destino,
ángeles y danzarinas
en los idilios esféricos de un suplidor de ternuras.

Yo soy la ciudad.
En mí cohabitan los tunantes,
los poetas,
los usureros,

los turistas,
los clérigos,
los funcionarios,
los nihilistas,
los que aman y odian,
los nostálgicos,
los que se asoman al abismo,
los que traman una luz de aurora,
los músicos clásicos,
los músicos populares,
las dadoras universales del cuerpo,
los bohemios,
los drogadictos,
los que perdieron la partida,
y están prestos a seguirla perdiendo,
los empresarios que están presos,
los empresarios que no caerán presos,
los políticos que deberían estar presos,
los tráfugas,
los que anuncian catástrofes

en las ardidas ojeras de la noche.
Los que no pueden explicar sus fortunas,
los pobres de espíritu,
los que se atreverán a renacer
en la ciudad dentro de doscientos años
en busca de mejores oportunidades,
las hetairas,
los inútiles,
los útiles,
los que padecen hambre y sed de justicia,
los bendecidos por el azar,
las muchachas que cumplen quince años
y tienen limpia la sonrisa,
los que visitan afanosos
los juegos eróticos en la Internet,
los leales, los traidores,

la Raza Inmortal,
su alta ira pendiente
bajo la ciudad de tanta muerte,
los que vociferan,
los que viven y mueren
sin saber por qué viven y mueren.

Yo soy la ciudad.
Itinerario de vidrieras y obeliscos.
La montura de Montesinos,
mobiliario de almendros,
algas y fortines.
El mar concedido
a la altura del alba y de tu frente mía,
señorío de pájaro derribado.

Patria de flores y besos.
Recuerdo grávido que se fuga con el río,
el cinema y la niñez honda,
una llama inmóvil y un amor querido,
una cinta azulada
para tu niebla o tu ternura,

una prima que amé
cuando la vida era fiesta y cascabel,
“cascabel, cascabel, lindo cascabel..”

Orates y sabios,
cafeterías y albergues,
una chichigua que todavía vuela en mi niñez,
la retreta en el parque,
el desfile de los Reyes Magos,
los bomberos en un montículo de asombro
para mis ojos nuevos,
la misa del gallo en la Catedral,
el desfile y el traje de gala,
los quejidos y las caricias
que resisten en las murallas
la armadura sombría de la muerte.

Yo soy la ciudad embelesada,
de dulce ademán y gestos dramáticos
que relampaguea su fervor
en la frente alta de su edad sempiterna.
Proa blanca de canción y vida.

La barca y el gavián, arengas del alba y la lengua

Yo soy la ciudad que permanece,
la lumbre nocturna del amor.

El poeta fundará de nuevo la ciudad
sobre el ala de una paloma y la dejará volar.
Yo soy la ciudad que fundará el poeta de nuevo.
Yo soy el ala de una paloma.
Yo soy la ciudad que mide su palabra y su aljibe.
Yo soy la ciudad y la paloma y el cantor.
Yo soy la ciudad y sus cantos libérrimos.
El vellocino donde se alisan la libertad y la llovizna.



LA DANZA DEL AMOR Y LOS MANDALAS

(Al poeta Lupo Hernández Rueda)

Numinoso el canon del verbo y el escriba,
tiempo flamígero de volada palabra
donde el ser reverdece la vida
y la muerte es enigma disuelto.
Campo minado, toda superficie.
Yo suelo ser el elegido
del mandala que sostiene círculos y diagramas.
¿Qué es la duración de la conciencia?
¿Qué es la vida sin la conciencia?
¿Qué es la conciencia fuera del ser?
Juego de tropos que insufla vacíos.
¿No es envoltorio lúdico el verbo?

¿Y la palabra, no es articulación confusa
del ser indefinido que apenas percibe
del todo, minúscula esencia,
tropel fugaz de imágenes?

Yo suelo ser el elegido.
¿Quién soy yo?
Yo soy el otro aludido
su entorno del albur sorprendido,

el lenguaje, el signo, la cultura,
rudimentos confusos adheridos.
¿Dónde queda el ser cuando llegan los añadidos?
¿El ser asume las circunstancias?
¿La obligación del sentido?
Busco la forma primaria del vestido,
la carne pura y solícita.
¿Son los animales todos, seres ofendidos?
Digo, sin objetivos, expresión bruta
de vivir sin alcanzar asiento,
formas superiores de embelesamiento.
¿Quién dijo que ellos serían adorno,
utilidad, alimento?

¿Por qué sigue la vida procreándose?
Dónde el ser se define distinto
si la conciencia no detiene el asalto del primate esencial,
de la bestia libre que serpentea laderas.
¿Es diferente copular, comer, sufrir en el ser
que en el no ser?
¿Dónde está la ruptura?

¿Somos acaso alma colectiva gradada, selectiva?
El mandala refulge en líneas concéntricas,
oficio de Buda y capuchinos del Tíbet,
manipulan el sol y lo fragmentan en espigas doradas,
gobiernan la luz y la miel del reposo.
¿Pero escapan de la rueda de vidas y muertes?
Las especies vivas no tienen ataduras,
viven y mueren sin significado alguno.
¿Desde qué ángulo los astros reciben miríadas celestes?
¿Y el ser, quién le atribuye misión?
¿Quién es el ser?
¿No es la conciencia sobreactuando?
En doble nivel de preceptos y de fuerzas infinitas,
¿puede el ser crear el sentido?
¿Erigir dioses y que estos, creados, sigan creando?
Principio de creación plural, generoso,
el ser es un minúsculo almacén de energías.

¿Cuánto dura el ser?

El ser existe si existe la conciencia,
la conciencia existe si existe el diálogo crítico interior.

¿La conciencia es la fe?

No hay fe sin conciencia, pero hay conciencia sin la fe.

¿Se desdobra la conciencia?

¿Quién irisa la oscura flor del mar?

¿Quién fabula la brizna del terciopelo y la sepultura?

Un amor que destella y se enreda en la luna,

¿en qué instante se llena de vírgenes dormidas,

violines de hueso, humo errante, clámide de polvo?

¿En qué lago azul se asila la belleza,

el otoño y sus corceles de vencido marfil o aceituna?

El conocimiento es conciencia,

el ser atravesado por el mandala.

¿Quién otorga sentido a los astros?

La interconexión de todo lo creado.

¿Existe todo lo que vemos

o todo lo que vemos es ilusión?

¿Sólo existimos nosotros?

La muerte es cesación de la conciencia,
pudrición del cuerpo y sus células.
¿Puede vivir la conciencia después de la muerte?
¿Cuánto puede durar, permanecer viva?
¿No festeja la conciencia su rotación sombría?
¿No somos lo que no fuimos?
Una flotación de postigos, marismas violetas
bajo un cielo cantarín que es lámina de encaje y alba,
súplica y fulgor del alma y su esplendor.
¿No somos lo que odiamos?
¿Se sostiene un pensamiento más de un ciclo lunar?
¿Somos frailes y asesinos,
santos y malvados, torturadores y torturados?
¿Es la conciencia algo tangible?
¿La podemos tocar, sentir, sufrir?
¿Qué le sucede al ser cuando la conciencia se interrumpe?
¿Se queda el ser en el cuerpo?
¿Se fuga hacia cuáles regiones?
¿Abdica la gnosis frente a la armadura de la noche
absoluta?
¿El amor es conciencia o qué es?

¿La conciencia es memoria o no es?
¿Cuando no hay memoria, hay amor?
¿Perdemos la memoria al perder el ser?

Tifones andarines empequeñecen el atardecer,
descarrilan el tren espléndido de mi corazón.
¿Va a algún lugar el amor vivido, sufrido?
El mandala orillea los bordes metafísicos,
dibuja conexiones, filamentos, energías,
fuerza el imperio de los sentidos.

¿Con cuál conciencia ascenderemos a otros planos?
Si la conciencia se modifica constante,
si se desdice y se vuelca,
si todo lo justifica o lo remuerde,
¿con cuál de las conciencias el ser permanecerá?
Cuando la memoria se escinda,
¿quién quedará viviendo en el cuerpo envejecido?
¿Alcanza la absolución el cuerpo sin conciencia?
¿Despojada del ser, el cuerpo recobra la pureza?
¿Qué hará el mandala con la vida mutilada?
¿La recluirá en círculos de salvación?

¿Dónde no hay pecados ni transgresiones?
Porque todo pecado es conciencia,
¿y qué es el pecado cuando no hay conciencia?
Del despojo, quién avistará las alas,
la prístina promesa de vivir y trascender.
La conciencia lo ha creado todo,
¿y quién creó la conciencia?
¿Quién dispuso su discernimiento,
su bamboleo desconcertante,
su ineficaz universo de urdimbres?
Valoramos la conciencia circunstancial,
la conducta asumida bajo los paneles epocales,
la subjetividad absoluta,
el amor.

¿Qué misteriosa estela?
¿Qué extraña versión de otros mundos?
¿Qué creación más gigantesca?
El amor sirve para crear,
¿no sirve acaso para violar, oprimir, asesinar?

Amor no, deseo incontenible, instintivo.
¿Qué dice el mandala del amor?
¿En cuál círculo y bosquejo la energía redime?
El amor es compasión, solidaridad casi pena
como dijo Unamuno,
pena por el otro que es pena por uno mismo.
La soledad del cosmos es espantosa,
el amor es prodigioso
si pudiéramos vivir por amor.

¿Dónde se cobija el que ama, el ser, la conciencia,
el yo?
¿La vulgar memoria?
¿Subsiste el amor a la tempestad del cuerpo?
¿A la agresión, al asalto salvaje, a la refriega?
Amor es un circuito torrencial de contactos,
de búsquedas sublimes.
Es el ser cuando el ser es,
salvo en el amor el ser no existe, es engañifa.
Toda noción de amor es misericordia,
no merece morir quien ama,

no merece perder la memoria quien ama,
no merece perder el ser quien ama,
sólo quien ama merece llegar a Dios
en el navío del mandala,
en el rebaño desnudo y alado de la hermosura,
en el fantasma dulce de la muerte revertida.

Yo suelo ser el elegido,
de la poesía náufrago
y del naufragio punto de partida.
Del ser la conciencia y la memoria,
¿quién soy yo, entonces?
Yo soy estas palabras, esta dicha, esta sortija,
el tiempo amarillo del olvido,
espacio sacro o laberinto encantado,
el inconsciente colectivo de Jung,
esta danza circular del amor y el mandala
que el pájaro tinto del vino revolotea
sobre mi cabeza
al pie de sonajeros, sátiros y basiliscos.

Esta edición de *La barca y el gavilán, arengas del alba y la lengua*, de Tony Rafal, consta de 1,000 ejemplares y se terminó de imprimir en el mes de enero de 2012 en los talleres de Editora Búho, en Santo Domingo, República Dominicana.